

imperialismo norteamericano y la United Fruit Company, cuando éstos derrocaron al gobierno revolucionario de Jacobo Arbenz, con el cual yo trabajaba como diplomático». En ello, Monterroso buscó un equilibrio entre su indignación por lo sucedido y sus ideas sobre la literatura²⁶.

Estas ideas sobre la literatura, evidentemente, suponían un rechazo al realismo socialista, practicado por tantos escritores de la época. De hecho, en el mismo año de 1954, el más 'grande' de ellos, Pablo Neruda, publicó una oda a Guatemala, que se convierte en una defensa abierta de Arbenz, y una denuncia del intervencionismo norteamericano:

.....
 cuando Arbenz
 decidió la justicia,
 y con la tierra repartió fusiles,
 cuando los
 cafeteros
 feudales
 y los aventureros de Chicago
 encontraron
 en la casa de gobierno
 no un títere despótico,
 sino un hombre,
 entonces
 fue la furia,
 se llenaron los periódicos
 de comunicados:
 ardía Guatemala²⁷.

En «Míster Taylor», en cambio, Monterroso escribe un cuento *desde* el estereotipo prevalente, fabricando una Hispanoamérica de cartón piedra de acuerdo con las visiones 'primermundistas' infiltradas, mediante la penetración cultural, en el continente hispanoamericano. A partir de esta visión, el cuento avanza con una lógica delirante, salpicada con una ironía virulenta, en una pulcra *reductio ad absurdum* de los estereotipos. Si la función de éstos es la de generalizar, el narrador comienza «Míster Taylor» con una declaración de carácter también ejemplar, o sea, generalizable, de la historia que él contará:

—Menos rara, aunque sin duda más ejemplar —dijo entonces el otro—, es la historia de Mr. Percy Taylor, cazador de cabezas en la selva amazónica²⁸.

²⁶ En Sosnowski, «Monterroso: la sátira del poder»: 144.

²⁷ Odas elementales, Madrid, Cátedra, 1985: 135.

²⁸ Obras completas (y otros cuentos): II.

La entrada *in medias res* resalta, desde el inicio, que ésta es sólo una historia de las muchas que se pudieran contar sobre el mismo tema y, además, que es una historia –por muy fantástica y grotesca que parezca– menos rara o fantástica que otras, y por tanto más ejemplificadora de un comportamiento generalizado.

Rubén Darío, en uno de sus juicios históricos menos caprichosos, llamó a Roosevelt el Cazador, «futuro invasor / de la América ingenua que tiene sangre indígena». El Mr. Taylor de Monterroso, por su parte, en su profesión de «cazador de cabezas», es un modelo del invasor de mediados del siglo (¿y todavía en activo, hoy, a su fin?): el empresario norteamericano que se enriquece desangrando (económicamente) a los ingenuos americanos del Sur. Además, Mr. Taylor cuenta con la astuta colaboración de su tío Mr. Ralston, que vive en Nueva York y dirige la venta de las cabezas, recogidas por su sobrino, y luego jibarescamente reducidas, en un mercado norteamericano hambriento por semejantes novedades²⁹.

Mr. Ralston tenía, desde su infancia, «una fuerte inclinación por las manifestaciones culturales de los pueblos hispanoamericanos», una inclinación pronto compartida por sus compatriotas, cuando se entregan al consumo masivo de las cabezas. Como ‘manifestación cultural’, desde luego, la reducción de cabezas corresponde a una de las visiones más pintorescas, y más estereotipadas, de una Hispanoamérica primitiva y violenta, todavía poblada de ‘salvajes’. No es casual, por tanto, que los rumbabas de *La oreja rota* tuvieran (como señalé arriba) la misma costumbre, y estuvieran a punto de practicarla con Tintín y el inglés Ridgewell.

A lo largo de «Míster Taylor», es evidente que la violencia practicada por la tribu, en su producción de las cabezas, no se ve cuestionada en ningún momento. Aumentar el número de muertes los obliga, sucesivamente y sin grandes traumas al respecto, a establecer la pena de muerte por las faltas más nimias, a premiar la muerte veloz de los enfermos graves, a premiarlos aun más si logran infectar a sus parientes, a declarar la guerra y diezmar a las tribus vecinas y, por fin, a enviar a Mr. Ralston cabezas de niños, de señoras y de diputados: los últimos sobrevivientes, se supone, de la tribu.

La violencia aceptada como norma de conducta, manifiesta en la tremenda *reductio ad absurdum* de este exterminio y autoexterminio, practicado por los ‘salvajes’, coincide con una visión también hiperbólica del

²⁹ Nogueroles ha destacado la carga simbólica de los diversos nombres en este cuento: Mr. Taylor debería su apellido a Frederick Winslow Taylor (1856-1915), uno de los padres del sistema económico norteamericano; el apellido Rolston, por su parte, aludiría a Lyndon Johnson, un promotor de la política imperialista estadounidense en Hispanoamérica (La trampa en la sonrisa: 69-70).

estereotipo de la ingenuidad hispanoamericana, engañada con pasmosa facilidad por Mr. Taylor. «Escaso trabajo» le costó al norteamericano persuadir a los dirigentes de la tribu a seguir sus consejos, y sus falsas promesas incluyen la promesa (inconcebible) de revelar hasta los secretos más arcanos de su patria: «luego luego estarían todos los sedientos aborígenes en posibilidad de beber (cada vez que hicieran una pausa en la recolección de cabezas) de beber un refresco bien frío, cuya fórmula mágica él mismo proporcionaría» (14).

Esta ingenuidad se revela, por otro lado, en la alegría con que la tribu adopta y celebra un burdo remedo de la afluencia norteamericana. La descripción de sus dirigentes —el «guerrero Ejecutivo» y los «brujos Legislativos»— ya es indicativa del abismo que los distancia del modelo anhelado, y el ‘progreso’ que celebran con tanto regocijo constituye una caricatura brutal de la ‘modernidad’ hispanoamericana:

Mientras tanto, la tribu había progresado en tal forma que ya contaba con una veredita alrededor del Palacio Legislativo. Por esa alegre veredita paseaban los domingos y el Día de la Independencia los miembros del Congreso, carraspeando, luciendo sus plumas, muy serios riéndose, en las bicicletas que les había obsequiado la Compañía. (15)

El estereotipo irradia aquí en dos sentidos. Es la constatación (tan realista como hiperbólica) de una modernidad experimentada siempre de un modo parcial y superficial en Hispanoamérica: en vez de autopistas, una veredita; bicicletas en lugar de Cadillacs. También es, por otro lado, una visión que niega a Hispanoamérica la capacidad misma de ‘civilizarse’ o adaptarse a los códigos primermundistas de la modernidad. Se hizo célebre, en su tiempo, un comentario despectivo de Unamuno sobre la pluma que se le veía al «indio» Darío; pues aquí también, en el cuento de Monterroso, los diputados se muestran incapaces de moldearse a la solemnidad de su papel (van «muy serios riéndose»), y caminan orgullosamente por las vereditas de su modernidad, todavía «luciendo sus plumas».

Conviene recordar, además, la simbología inherente en la idea misma de las cabezas reducidas. Después de la muerte de un periodista, condenado por estornudar de manera injustificada, «los académicos de la lengua reconocieron que ese periodista era una de las más grandes cabezas del país; pero una vez reducida quedó tan bien que ni siquiera se notaba la diferencia» (17). El juego de palabras, provocado por el uso metonímico de «cabeza» por «cerebro», hace recordar que esta ‘manifestación cultural’ de las cabezas reducidas, tiene un paralelo, en Estados Unidos, en la visión estereotipada de la inferioridad intelectual, o plena estupidez, del hispanoamericano.

Conclusión

Como ocurrió con el fracaso del fraile en «El eclipse», el final de «Míster Taylor» ofrece una especie de justicia poética, cuando Mr. Ralston, antes de suicidarse por el fracaso del negocio, recibe la cabeza reducida del propio Mr. Taylor. De esta manera, trabajando contra el grano, Monterroso inventa una «victoria limitada» de los mayas en el primer cuento, y augura, en el segundo, un fin apocalíptico, no sólo para los americanos del Sur, si no saben cambiar su relación con los poderes imperialistas, sino también para los del Norte, si continúan en el despiadado saqueo capitalista de Hispanoamérica. A la vez, ambos cuentos han desarticulado los estereotipos primermundistas sobre la ingenuidad del ‘salvaje’ tercermundista, criticando la penetración masiva de estos estereotipos en la cultura hispanoamericana, que se efectúa tanto en los comics de Hergé, como en ‘manifestaciones culturales’ divulgadas por medios bastante más poderosos, como la televisión.

Niall Binns